

Las relaciones entre la historia y la filosofía de la ciencia

Guillermo Boido / Olimpia Lombardi

Vistas “desde lejos”, desde el campo de la práctica científica, historia de la ciencia y filosofía de la ciencia pueden (y suelen) ser confundidas o, al menos, consideradas dos disciplinas tan cercanas que podrían ser abordadas por una misma persona. Sin embargo, éste no es el caso: se trata de dos ámbitos de investigación diferentes, con sus especificidades temáticas y metodológicas. Y si hubo casos de filósofos-historiadores, como Thomas S. Kuhn, ello no se debe a la identificación entre ambas disciplinas sino a la amplitud intelectual de tales personajes, que les permitió realizar aportes en ambas áreas.

Una vez que se admite que se trata de dos disciplinas diferentes, la pregunta que surge de inmediato es la que se refiere a las relaciones entre historia de la ciencia y filosofía de la ciencia. Tal vez para sorpresa de quienes las observan desde lejos, tales relaciones no han sido sencillas, sino que se han encontrado signadas por una fuerte tensión, con sus consecuentes controversias.

Durante la primera mitad del siglo XX, en general la filosofía de la ciencia adoptó una perspectiva ahistórica y prescriptivista: el filósofo de la ciencia, desde un punto de vista puramente racional, disponía cuáles debían ser los criterios de cientificidad sin recurrir a consideraciones históricas. Esta situación comienza a cambiar a partir de 1962, con *La estructura de las revoluciones científicas*, donde Kuhn reclama un papel para la historia a la hora de abordar cuestiones filosóficas vinculadas con la ciencia, y lo hace desde la *Introducción* misma del libro. A partir de ese momento, cada vez fueron menos los filósofos de la ciencia que prescindieron del desarrollo histórico de la ciencia.

Un ejemplo paradigmático de esta incorporación de la historia a la filosofía de la ciencia es la postura de Imre Lakatos, quien afirmaba que sin historia de la ciencia, la filosofía de la ciencia es vacía. Según Lakatos, no obstante, deben distinguirse la *historia interna* y la *historia externa*. La historia interna recoge la confrontación racional entre teorías o programas de investigación en un área específica; ella es, entonces, la reconstrucción racional de la historia que realiza el filósofo de la ciencia, pertinente a la hora de decidir, por ejemplo, si el agente histórico X se comportó o no racionalmente al escoger la teoría A y no otra B. La historia externa, por el contrario, incluye aquellos factores ideológicos,

culturales o sociales que podrían haber inhibido o promovido la aceptación de una teoría y no de otra, con independencia de cuál debió haber sido aceptada (o rechazada) racionalmente.

Esta nueva perspectiva histórica, a la vez que enriqueció a la filosofía de la ciencia, tensó su relación con la historia de la ciencia. No pocos historiadores de gran prestigio manifestaron su rechazo por el modo en que los filósofos utilizaban la historia de la ciencia. Por ejemplo, Bernard Cohen señala que las preguntas del filósofo no son históricamente significativas; por ejemplo, mientras el filósofo se pregunta si la *teoría* de Newton es lógicamente inferible de las de Galileo y Kepler, el historiador indaga cómo el *personaje histórico* Newton se percató de la necesidad de modificar las teorías de Kepler o Galileo. Cohen lamenta que muchos filósofos no se remitan a las fuentes históricas, tomando afirmaciones fuera de contexto o sencillamente adaptando a sus propios fines las creencias de otros filósofos; por ejemplo, el filósofo William Newton-Smith apoya la tesis de Paul Feyerabend, según la cual la teoría copernicana triunfó gracias a la habilidad publicitaria de Galileo, mediante “citas de Galileo” extraídas de la obra del propio Feyerabend... y que por tanto no son textuales de Galileo.

Otro ejemplo de la incomodidad de los historiadores lo proporciona Helge Kragh, quien considera las reconstrucciones de los filósofos inadmisibles, pues carece de importancia histórica el que un científico del pasado pensara o no como le hubiera gustado a un moderno filósofo. A su vez, Paolo Rossi señala que al historiador le interesan los procesos temporales y no sus sustitutos lógicos, es decir, lo que ha sucedido y no lo que hubiera debido suceder. Para Gerald Holton, por su parte, el influjo sobre la historiografía de esas “parodias ahistóricas” (las reconstrucciones racionales de la historia) es nefasto pues, lejos de adecuarse a los hechos documentados, parecen destinadas a salvar a los científicos de la amenaza de lo irracional.

Si bien las quejas de los historiadores de la ciencia están justificadas y la reconstrucción de la historia con fines filosóficos es una estrategia historiográficamente inadmisibles, ¿es posible narrar la historia de la ciencia desde un “vacío” epistemológico, es decir, sin absolutamente ningún presupuesto filosófico? Para aproximarnos a la respuesta, en el próximo artículo consultaremos a algunos de aquellos filósofos-historiadores de la ciencia, es decir, que han practicado (o practican) a la vez ambas disciplinas. ▣